

NADIE CON LOS TERNEROS



NADIE CON LOS TERNEROS

ALINA HERBING

TRADUCCIÓN DE CLAUDIA TODA CASTÁN



VOLCANO

Título original: «NIEMAND IST BEI DEN KÄLBERN»

© Alina Herbing, 2017.

© 2017 by Arche Literatur Verlag AG, Zürich-Hamburg.

Primera edición en VOLCANO Libros: marzo 2019

© de la traducción: Claudia Toda Castán.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947471-5-1

Depósito Legal: M-38574-2018

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

El viento, en el camino real, levantaba ristras de polvo.

Gustave Flaubert, *La señora Bovary*

HACE HORAS QUE LA HIERBA alta desaparece bajo la lona amarilla. Cuando resurge al otro lado de la segadora se queda ahí tirada, cubriendo el campo. Los tallos cortados parecen tan mullidos que dan ganas de lanzarse encima. Pero no se puede. Debajo está el suelo arcilloso, duro como la piedra.

Estoy sentada detrás de Jan mirando por el cristal arañado. El sol, antes dominando el bosque, ahora cae sobre el aeropuerto de Lübeck como una bomba; una bomba muy lenta.

Tengo que gritar si quiero que Jan me oiga. Pero hasta ahora no he querido. Miro el lunar mientras mi cabeza choca sin parar contra el cristal, en el sitio donde ya hay una mancha de grasa.

He intentado imaginarme oficinas, playas y cafés con tulipanes en las mesas, pero solo hay campos hasta el horizonte.

Un traqueteo sacude la segadora que, acoplada a un lado del tractor, corta el pasto del suelo.

—Mierda.

Por el cristal polvoriento alcanzo a ver un corzo que sale disparado hacia el bosque, y no puedo evitar que la cabeza

se me llene de imágenes de huesos, carne y pelo marrón que en cuestión de segundos quedan hechos picadillo.

Jan apaga el motor. Me oigo respirar, algo sigue crujiendo en el tractor. No digo nada, no quiero estropear el silencio. Me lo imagino todo lleno de sangre. Tripas enganchadas en las cuchillas.

Aparto las manos de los hombros de Jan cuando abandono el asiento. La sangre empapa el suelo arcilloso. Me levanto y me agarro al asidero de metal, tan caliente que debería soltarlo para no quemarme las palmas; pero me caería de los flojos que tengo las piernas por el recorrido.

«¿Llevará tiempo?» quiero preguntar, pero de mi garganta solo sale un gemido. Carraspeo y lo intento de nuevo.

—Tengo que ir al baño —digo.

Jan se arrodilla junto a la segadora y levanta la lona.

—Y tengo hambre.

Me pongo las gafas de sol antes de bajar los escalones. No quiero fruncir el ceño y que me salgan arrugas en la frente. Como a Manuela.

Miro a mi alrededor. Solo distingo el aerogenerador que no se mueve y una pequeña mancha marrón que desaparece entre los árboles del bosque.

A mis pies hay jirones de piel. Son mucho más grandes de lo que me había imaginado. El pelo sigue en su lugar, ni siquiera algo despeluchado, y de pronto siento el impulso de agacharme y acariciar los pedazos. Es como un acto reflejo. Pero no me muevo porque los animales están plagados de bacterias.

Nunca había visto el atropello de un corzo pequeño. De pequeños, el padre de Jan nos llamaba para que corriéramos

delante del tractor en la primera siega, con un bastón en la mano sostenido en horizontal que debíamos meter entre las hierbas. La verdad es que no lo hacía por la moneda de cinco marcos que nos daba, sino porque deseaba encontrar un corcino. Nunca sucedió. Seguramente hacíamos tanto ruido que los animales ya se habían largado mientras aún nos peleábamos por el mejor bastón.

—¿No es ya un poco tarde? —pregunto—. ¿En junio?

Jan se levanta y remueve la hierba. Se acerca a un pedazo con una oreja minúscula, en perfecto estado, como si aún pudiera oír y moverse y todo. Al lado hay un pegote negro que podría ser un ojo o el morro. Siento náuseas.

Él agarra la oreja y lanza los restos a las rodadas del tractor.

—Está lleno de bacterias —digo.

—Tú también —contesta. Coge un hueso del que cuelgan jirones de piel y lo tira a la rodada donde estoy.

—Es verdad, pero —replico— la mayoría de los corzos están infectados por gusanos pulmonares y ácaros del pelo. Lo leí el otro día en internet.

—Esto está tan fresco que podríamos cenárnoslo.

Se limpia las manos en el pantalón.

—Orejita de corzo crujiente. —Intenta pasarme el brazo por los hombros—. Chuleta de corcino. —Consigo apartarme justo a tiempo. En momentos así lo siento tan ajeno a mí como si yo fuera una bailarina del vientre en Bora Bora y él lo que es: un granjero en Schattin.

—¿No deberíamos acabar?

Cuando pongo el pie en el primer escalón del tractor oigo ruido de motores. Dos furgonetas suben por la montaña, las furgonetas blancas de la empresa eólica.

—¡Bah!

Las furgonetas giran en el camino del bosque, dan bandazos acá y allá esquivando los baches y levantan tanto polvo que los neumáticos desaparecen.

—Anda, vamos —digo. Subo y me siento en mi sitio.

El aire dentro sigue insoportablemente cargado e incluso huele un poco a plástico quemado, como si los asientos estuvieran a punto de derretirse en sus fundas de goma. Son negras y absorben tanto el sol que al sentarte te quemas el culo. Los tractores nuevos tienen climatizador, cristales tintados y todo eso, Jan me contó que hasta había visto uno con nevera.

A él esto de los asientos calientes nunca le ha molestado, pero una vez leí en la revista *Jolie* o en la *Maxi*, ya no me acuerdo, que los espermatozoides se mueren en los testículos si se calientan demasiado; y como Jan se sienta ahí desde los cuatros años, será un milagro que aún tenga algo vivo entre las piernas.

—Jan —lo llamo—. ¡Jan!

Son casi las ocho y media. Tengo hambre. Quiero irme a casa.

Pero antes de que pueda saltar del tractor para decirle la hora que es se pone en marcha, cruzando la hierba segada. Se hace cada vez más pequeño y las botas de goma le bailan en las piernas desnudas. Si yo misma no las llevara saldría corriendo a por él.

Un ratón hace un agujero en el suelo delante de mí. De Lübeck despegan un avión que vuela directo al sol. Y de pronto siento como si un niño gordo se me subiera a caballito y me apretara el cuello con los brazos, con todas sus fuerzas. A veces pienso que los aviones están ahí solo para recordarme que soy una de las personas más insignificantes del planeta. ¿Por qué, si no, iba a estar en este momento en un campo a medio segar? No en un feudo nazi como Lübeck, no a la orilla del Báltico ni en la llanura lacustre de Mecklenburgo,

ni siquiera en la franja de la muerte del Muro, sino cerca de, junto a, en un punto intermedio. Allí donde no hay nada salvo pastos y suelo arcilloso y un par de sitios buenos para instalar aerogeneradores. De pequeña eso me parecía suficiente pero era solo porque creía que a los dieciocho mis pies calzarían *stilettos* día y noche, y yo recorrería el asfalto berlinés taconeando y riendo.

Saco la botella de Fanta sujeta con el pedal del freno. No tiene ni gas cuando la abro. Tras un trago del líquido caliente siento náuseas y me empieza a rugir el estómago. Rebusco por tercera vez en la neverita portátil pero solo quedan restos de papel de aluminio y bolsas de congelación vacías, teñidas de naranja por mis zanahorias. Al fondo del todo está la navaja. Con ella quitó Jan el golpe marrón de una manzana, que al final no me comí porque sabía a podrido; pero él la devoró con pepitas y todo, hasta dejar solo el rabito.

Cierro la navaja. Jan casi ha llegado al aerogenerador. Parece un chavalín, avanzando a zancadas por ese campo enorme con sus vaqueros cortados. Cuando vuelva necesitaremos al menos otra hora para acabar. Abro otra vez la navaja. Sobre mí está el inmenso cielo y, al levantar la mirada, solo veo ese maldito color azul que se extiende sobre el mundo como una lona que nos tiene atrapados.

Ya no veo a Jan. Ha desaparecido en una hondonada. Con el cuchillo arañó una rueda y el barro seco cae al suelo. No sé si esta pequeña navaja será capaz de pinchar el neumático. Tengo la impresión de que me sentiría mejor, mucho mejor, si lo comprobara. Creo que se me pasaría el cabreo por dejarme aquí tirada para irse con la gente de los generadores, sabiendo que tengo hambre y quiero volver a casa. La abro otra vez, la hoja brilla al sol, y entonces me fijo en un cable que recorre el tractor por fuera y lo corto. Sale

de una especie de tanque y desaparece bajo el capó. Jan me contó un día por qué los tractores viejos tienen los tanques y los conductos por fuera. Pero ya se me ha olvidado.

Miro los extremos cortados colgando en el aire y no puedo creer que haya sido yo. Más vale que vuelva a meter la navaja en la neverita antes de que pase algo más.

Las botas se me hunden en la hierba, me sacudo el polvo de los brazos, me aliso las cejas. Meto la mano derecha en el escote y me coloco el pecho izquierdo, después me coloco el derecho con la izquierda. Los bordes del sujetador se transparentan a través de la tela. Si llego a saber que vería a gente de fuera de Schattin me habría puesto otra cosa. Los ratones corren a sus agujeros. De vez en cuando uno se queda parado, con la respiración tan rápida que todo el cuerpo le tiembla. Solo se esconde de nuevo cuando estoy a punto de pisarlo.

«Si quieres cazar un ratón tienes que pensar como un ratón» me explicó Frank un día. Como si no hubiera nada más importante en el mundo... Para nada quería atrapar ratones y menos aún pensar como ellos. Pero él se empeñaba porque, en su opinión, no valgo para nada más. Tampoco me deja acercarme a las vacas. A los ratones sí, a sus valiosas vacas lecheras, no. Manuela al menos tiene permiso para ocuparse de los terneros pero a mí, tras el asunto de las ratoneras, me mandó a los bebederos. Al parecer sí soy capaz de sujetar una manguera.

En realidad puse mal las trampas a propósito. ¿A quién le gusta sacar del cepo un ratón medio aplastado?

El aerogenerador se ha parado en dirección noroeste. Con sus palas levantadas hacia el cielo parece de lo más inofensi-

vo. Jan está con uno de los hombres que se han bajado de las furgonetas blancas. Unas grullas graznan en el bosque, todo lo demás es silencio.

La primera vez que visité el molino casi me mareé al mirar hacia arriba. Parecía caer sobre mí, como acercándose a cada giro. Temí que un aspa se soltara y me aplastara. En la puerta de hierro pone: *Acceso prohibido. Peligro de muerte*. Por algo será. Uno del pueblo va por ahí diciendo que al pisar la base de hormigón te da una descarga, pero solo son chorradas. Cada vez que voy me subo a la base. Incluso he apoyado la cabeza en la puerta de hierro. Y nunca pasa nada. Si de verdad fuera peligroso tendrían que vallar la zona, como hacen con los estanques contra incendios que hay dispersos por los campos.

El hombre de Wintec señala un punto en un trigal y luego se mete con Jan detrás del vehículo. Por un momento no los veo. Llevo paja en los bolsillos, briznas de hierba y semillas, que echo detrás de mí como Hansel y Gretel. Las golondrinas vuelan muy alto. Nadie se llevará mis migas.

Jan y el hombre de Wintec están en la linde del campo, en un sitio con el trigo aplastado. Miran algo allí tirado, quizá un jabalí o un ñandú. Al acercarme veo que es un ave rapaz descoyuntada. Un ala extendida, la otra bajo el cuerpo. A su alrededor, plumas por todas partes.

—Es cosa del plomo —dice el hombre, empujando el ala con la punta del pie.

—No me venga con el plomo —contesta Jan—. Los ecologistas os pensáis que podéis colarnos cualquier cosa.

No tiro el tallo de hierba que acabo de cortar. Me lo quedo para seguir estrujándolo. El hombre suspira con fuerza.

—Pues vale —responde.

Suena tranquilo y molesto a la vez, como si escuchara eso todos los días. Le sonrío para que sepa que no soy como Jan,

que no tengo nada en su contra ni en contra de los molinos, pero él mira al horizonte. Tiene unas pequitas minúsculas en las mejillas y la piel bastante bien para pasar de los cuarenta. El bigote solo le cubre a medias el labio superior. Se ve que los tiene carnosos. Para mí los labios son bastante importantes en un hombre, desde luego más que los ojos o los bíceps.

—¿Sabes cuántos pájaros mata el tráfico? —preguntan esos labios.

Ha metido las manos en los bolsillos del peto. *Wintec. Siempre girando*, pone en la barriga, y encima el simbolito de los molinos.

Jan sacude la cabeza con una de sus sonrisitas irónicas. Se me clava la mirada del pájaro. Tiene los ojos amarillos con un punto negro en el centro; el pico está un poco abierto, la sangre forma pegotes en las plumas de la cabeza.

—¿Es un águila marina o ratonera?

Nadie me contesta, pero el hombre de *Wintec* resopla otra vez y luego oigo sus pasos en la hierba.

—Es solo un empleado —digo, y me arrodillo junto al águila marina o ratonera o lo que sea.

En lugar de responder, Jan se da la vuelta y se marcha sin más. Lleva una camiseta dada de sí, el cuello le cuelga torcido. Tiene la misma pinta que el día que se subió a un ciruelo para demostrarme que se atrevía a saltar desde lo alto. La camiseta se enganchó, se rasgó y él aterrizó delante de mí de un planchazo; por entonces tendríamos diez u once años. Lógicamente me reí, porque era muy gracioso, pero él se mosqueó y estuvo semanas sin hablarme.

Un escarabajo trepa por los ojos del pájaro. Todo el rato creí que la sangre del pico sería de un animal que había matado, pero sale de una herida justo debajo del ojo. De nuevo siento el acto reflejo de acariciar las plumas, como antes con

el corcino, pero me sujeto una mano con la otra y pienso en los ácaros y los gusanos.

El hombre vuelve con un saco de plástico en la mano, y me avergüenzo un poco de seguir plantada en el mismo sitio. Tiro el tallo de hierba.

—A ver —dice.

Se ha puesto unos guantes de goma que le quedan pequeños, no le llegan ni a la muñeca.

—¿Me lo aguantas?

No espera a que conteste sino que me lo da sin más. Después mete el ala extendida bajo el cuerpo del animal y lo levanta de modo que la cabeza se balancea aquí y allá. Sujeto la bolsa lo más lejos posible. Cierro los ojos. Oigo el crujido de las plumas contra el plástico, algo me roza los dedos y rezo para que no sea el pájaro sino el brazo del empleado de Wintec.

—Gracias.

Recupera el saco.

El pelo de los brazos le forma ricitos rubios. Envuelve el plástico alrededor del águila hasta formar un paquetito que se echa bajo el brazo.

—A mí también me da pena.

Se quita los guantes y los embute en un bolsillo del pantalón. Del otro saca un paquete de Lucky Strike que me ofrece, pero hago un gesto negativo. Antes fumaba a veces en las fiestas pero Jan lo odia. Primero porque es derrochar dinero y, segundo, porque no le gusta el sabor al besarme. Por eso ahora aprovecho cualquier oportunidad para fumar pasivamente. Me recuerda a los tiempos cuando no había

ley antitabaco. Las luces de discoteca, el humo teñido de colores en el Centro Social, tanto que te lloraban los ojos.

—Qué le vamos a hacer —dice el hombre, con el cigarrillo en la boca.

Sigue justo donde estaba el pájaro, en el trigo aplastado, rodeado de plumas.

—Ya... —contesto.

No tengo ni idea de qué pinta el plomo en todo esto. Solo sé que está relacionado con la munición, que envenena a los animales. Podría preguntarle a Jan pero me soltaría otra vez todo el rollo y no acabaría hasta mañana por la mañana. El hombre mira más allá del campo.

—Qué bochorno —digo, observando el humo que sale de su boca—. El heno huele tan fuerte que hasta tapa la peste a podrido.

Aunque en realidad solo huele a tabaco.

Si de verdad pasa de los cuarenta serían por lo menos veinte años de diferencia. Las pecas me resultan increíblemente familiares. El tipo me resulta superfamiliar. Todo en él: cómo fuma y habla y mete las manos en los bolsillos.

—Nosotros deberíamos seguir —digo, y le miro otra vez los ojos, que mantiene fijos en el cielo de Lübeck. El avión hace tiempo que se ha ido. No me he fijado hacia dónde iba.

Subo un escalón y luego otro, hasta que puedo ver la sala redonda con la escalerilla a un lado y gruesos cables y sogas metálicas que llegan a lo más alto. Jan está al lado del cuadro eléctrico, mirando hacia arriba. Me pongo las gafas de sol como diadema.

—¡Jan! ¡Sal!

Mi voz rebota de una pared a otra, de acá para allá, y sé que toda la gente en lo alto de la torre me ha oído.

—¡Jan!

—¡Déjame en paz!

Unas lucecitas brillan tras los travesaños de la escalerilla y me ciegan, no llego a ver el final de la torre.

El hombre de Wintec mira hacia aquí. Quizá se nota que el sujetador lleva relleno; la verdad, dentro no hay casi nada mío. Tira el cigarrillo, coge el paquete con el pájaro y va a la furgoneta de donde sacó la bolsa.

—Yo me voy.

Siento el calor que sube del hormigón. También por fuera de la torre hay una escalerilla metálica, pero empieza a unos dos metros del suelo. Ni idea de cómo llegan hasta ahí.

Con Jan subí una vez a la vieja torre de vigilancia entre Restorf y Lüdensdorf. Eran las fiestas por Pentecostés, de esto hace ya años.

—Ven conmigo —me susurró al oído—. Quiero enseñarte una cosa.

El banco corrido cojeaba. Los demás iban ya muy borrachos. Me planteé en serio no acompañarlo porque pensé, este solo quiere sacarme de aquí para enrollarnos en un sitio oscuro; y eso me parecía una niñería. Pero él me cogió la mano sin más y me llevó por la carpa llena de gente hasta el aparcamiento. Su coche estaba superlimpio, sin botellas, cajas de *pizza* ni restos de McDonald's, y se puso el cinturón aunque solo nos llevó diez minutos llegar a un portón oxidado que no había visto nunca, aunque seguro que pasaba por delante cada día en el autobús escolar. Sí, este tío me gusta, pensé entonces.

Jan empujó el portón entre el barro. Los tacones de mis plataformas se clavaban en la hierba.

—¿Te cojo en brazos? —preguntó incluso.

—No, no.

Los zapatos se hundían y tenía que tirar de los tacones para sacarlos de la hierba, pero después de algunos metros la torre apareció bajo la luz de la luna. Jan estaba ya subido a la escalera.

—¡Anda, ven! —me gritó desde arriba.

La torre se tambaleaba y crujía a cada escalón. Todo estaba superoxidado, fue un milagro que no me rompiera alguna uña. En aquella época llevaba unas uñas muy caras.

No me atrevía a acercarme al borde, aunque me moría por agarrarme a la barandilla; así que me quedé quieta en el centro mientras Jan andaba sin parar de un lado a otro.

—Bueno, de día hay mejores vistas.

Toda la vida lo había visto con botas de goma, la ropa manchada de mierda de vaca y oliendo a establo. Pero aquel día llevaba una camisa blanca y se parecía un poco a Dawson, de la serie *Dawson's Creek*.

—Quiero bajar —repetí sin parar, y me subí hasta arriba la cremallera de la chaqueta. Él tenía las mejillas heladas.

Por fin. El golpeteo de los escalones metálicos a mi espalda. Los pasos de Jan en el hormigón.

—¿Qué hacías ahí dentro? —pregunto cuando llega detrás de mí.

Otra vez me hundo en la hierba cortada. Las briznas se levantan por el aire a cada paso.

—¿Quieres los detalles técnicos?

Siempre me cuenta cosas técnicas cuando menos me apetece. Yo procuro fingir que lo encuentro todo superinteresante. Los hombres lo necesitan. Es una de las primeras reglas, y de las más importantes, que aprendí de Caro: hay que escuchar a los hombres, o al menos aparentarlo, siempre con una sonrisa bonita y una palabra de compasión en el momento preciso.

«Cuando Daniel esté ya un poco borracho vas y te sientas a su lado; y cuando empiece a soltarte el rollo finges que todo es megaemocionante, le pones ojitos, asientes sin parar y sonríes». Eso fue exactamente lo que hice. Diez minutos después Daniel me preguntó si quería salir fuera con él, y entonces sucedió. En los meses siguientes lo repetí bastantes veces con bastantes chicos. Hasta que Caro me vino con la segunda regla: las mujeres que andan con demasiados hombres son todas unas putas.

Me giro, pero el empleado ya no está. Seguramente también se ha metido en la torre gigantesca.

Jan rodea el tractor y vuelve a mirar el suelo mientras yo subo los escalones. Al cerrar la tapa de la neverita me acuerdo de la navaja, pero él ya está dentro y se deja caer en el asiento, que chirría y rebota arriba y abajo. Miro hacia el molino buscando al hombre del bigote, pero no lo veo.

El motor resuena, traquetea un poco y se apaga. Mierda. Tengo calor, me levanto un poco la camiseta y me doy aire en la barriga. No es mi culpa. Este trasto es tan viejo que muchas veces no arranca y Jan tiene que traer un coche para ponerle pinzas a la batería. Gira la llave por segunda vez, hay un traqueteo, el motor se apaga.

—Otra vez —digo.

Pero solo oigo el tintineo de la llave, el motor se queda mudo.

Saco el móvil del bolsillo y busco el número de Frank, aunque en realidad no creo que lo localice porque estará fuera y siempre deja el teléfono en la cocina.

—¿Puedes llamar a mi padre? —pregunta Jan, se levanta y mira hacia el aerogenerador. Pulso el botón verde.

Da línea. Un mosquito se le posa en el brazo. Lo espanto, bajo el móvil, pongo el manos libres y se lo acerco para que pueda oír. Cuando el buzón de voz resuena por la cabina pulso el botón rojo.

—Anda, dame —me quita el teléfono y marca.

Todo está tan en silencio que oigo el tono de llamada; tendría que haberme quedado en el molino. *Este es el buzón de voz de...* Jan cuelga y se pone a revisar mis contactos. Respiramos en silencio. Solo se oye el zumbido del mosquito, que va de su brazo al mío sin decidir dónde posarse.

Un hombre de Wintec sale de la torre y va hacia una furgoneta. Creo que es el del bigote. Avanza hacia su objetivo con calma y decisión.

—Buzón de voz —dice Jan—. Voy a por el coche.

—Tengo hambre.

—¡Tú esperas aquí!

—Necesito ir al baño.

—El suelo agradece el abono.

Salta a la hierba y se va en diagonal por el campo, en dirección al pueblo.

Giro la llave y toqueteo la radio. Nada. No se enciende ni una lucecita. Guardo el móvil, bajo del tractor y me quedo parada al lado de una pezuña con un trozo de hueso.